



COMENTARIOS

J. IGNACIO RUBIO MAÑÉ

I

Interesante es la exposición de cómo se desarrollan en Estados Unidos de América las investigaciones históricas relativas a la América Latina y muy especialmente a México. Pondera ese progresivo interés de los estudiosos norteamericanos, afirmando que muy cerca de la mitad considera algún aspecto de la historia de México como su especialidad. Ilustra ese gran interés con la referencia de un plan que se presentó en la Universidad de Buffalo para fotocopiar todos los archivos de la América Latina.

Señala cómo ha mejorado el nivel de preparación de los jóvenes que en los Estados Unidos de América se interesan en la historia de México: hablan la lengua española con mayor fluidez, procuran aumentar sus conocimientos en otras ciencias sociales, amplían su atención en el arte, en los problemas económicos y políticos, y en la cultura general tanto del México moderno como del prehistórico. Afirma también que se ha elevado el nivel de la metodología histórica y su sentido crítico. Sin embargo confiesa que en esa preparación profesional se ha descuidado el conocimiento de los misterios del alma mexicana y la idiosincracia de la organización del campo que se ha escogido para estudio.

Indica que la preocupación de maestros y alumnos en Estados Unidos de América es acertar en la selección de temas adecuados para conducir un estudio o una investigación en el campo de la historia de la América Latina. Que ya se van agotando las tradiciones que dejaron Bolton, Hackett, Haring y Tannenbaum. Sin embargo confiesa que todavía es inagotable el mosaico que presentan ciertos sucesos importantes, que no han sido debidamente investigados, o que necesitan revisarse exposiciones ya establecidas a causa de nuevas fuentes descubiertas, o por nuevos puntos de vista que se reflejan de otras ciencias sociales.

Puntualiza que el panorama presenta algunos aspectos de desorganización de tantos temas latinoamericanos, que requieren mayor atención, aunque ahora ya se progresa en ese análisis. Recomienda conocer ese examen en la antología que Howard F. Cline ha publicado con el título de *Latin American History: Essays on its Study and Teaching, 1898-1965*.

Considera que en la selección de temas se sigue mucho lo que está de moda: el militarismo mexicano, la Revolución Mexicana y la Reforma Agraria. Que de otras ciencias sociales puede hallarse repertorio de asuntos que despierten interés, como interpretaciones económicas y políticas, finanzas gubernamentales, desarrollo regional, caudillajes, oligarquías, gobiernos encabezados por militares y radicales.

Encarece el asombroso progreso que se ha alcanzado en los Estados Unidos de América en proporcionar guías de investigación en la historia

de los países latinoamericanos. Recomienda para conocer esto la obra del doctor Cline, *Latin American History*. Menciona publicaciones recientes que informan de esos progresos. Aduce, asimismo, el gran despliegue de información de los trabajos que se preparan, que se escucha en las reuniones de historiadores. Cita las funciones del Latin American Studies Association Consortium, que labora en coordinar investigaciones y becas. Refiere los esfuerzos, las aventuras y las experiencias para financiar investigaciones. Puntualiza que si se comparan los fondos destinados a esas inversiones en otras disciplinas de las ciencias sociales con los que se aportan para las averiguaciones históricas, la desproporción es evidente porque éstos son escasos. Que muchas veces tienen los maestros que combinar su tiempo consagrado a la enseñanza para que los recursos adquiridos con estos esfuerzos les sirvan para investigaciones en archivos y bibliotecas. Proporciona algunas noticias sobre las inversiones destinadas a proteger esas investigaciones históricas.

Indica el asombroso crecimiento de los materiales y de las técnicas de la investigación histórica en los últimos veinte años, con la publicación de bibliografías, guías, manuales, índices, listas, catálogos, boletines y revistas que informan dónde pueden hallarse las fuentes históricas en los Estados Unidos de América. Cita como ejemplo el caso de un historiador interesado en la vida colonial de Virginia. Pasó dos años en los archivos británicos y a su retorno supo que toda la documentación que había ido a consultar en Londres se hallaba ya fotocopiada en la Biblioteca del Congreso, en Washington.

Señala cómo es grande la cantidad de archivos mexicanos que todavía están sin explorarse debidamente y la riqueza documental que en ellos se custodia. Advierte que no se debe confiar mucho en ciertas estadísticas publicadas en México, porque no se ajustan a realidades investigadas a conciencia. Observa también los riesgos que corren en confiarse en cuestionarios, como asimismo en informes que se consiguen con entrevistas o por noticias orales.

Ante toda esta exposición del autor tengo cuatro puntos que comentar:

1. Si es evidente el asombroso desarrollo técnico de bibliografías, guías, catálogos, índices, etcétera, resalta también que hay desproporción en la producción de obras de alto nivel de investigación histórica que haya aprovechado tanto material acumulado. ¿No sería más conveniente desviar algo tantos esfuerzos técnicos hacia la rendición de frutos de asimilación de tantos elementos?

2. Es asimismo admirable el crecido interés de los estudiosos en los Estados Unidos de América que tienen enfocada su atención hacia la historia de la América Latina y especialmente de México; pero esto se hace con el unilateral punto de vista de ellos. ¿No sería conveniente que surgiera también el interés por considerar los puntos de vista de los latinoamericanos, especialmente de los mexicanos? Así se acallaría la crítica acerba de los enemigos de los Estados Unidos de América, que maliciosamente suponen que ese movimiento de estudios es una de las características del imperialismo yanqui.

3. Si los archivos mexicanos carecen de guías que ilustren su contenido,

convendría que esto se hiciera con mayor interés general y no exclusivo de un país. Es evidente que la guía de Bolton ha sido muy útil y es la única que se ha hecho hasta hoy, pero fue hecha exclusivamente para servir a los historiadores de los Estados Unidos de América y no para otros países. Es más amplio el interés de las guías que el doctor Harrison ha hecho de los Archivos Nacionales en Washington, en donde todos los países latinoamericanos tienen algo que estudiar.

4. Procurar una mejor selección de las becas que se conceden a estudiosos mexicanos, cuidando otorgarlas a los que han demostrado vocación y austeridad, además de obra hecha. Que no se utilicen para intereses personales, fomentar turismo intelectual y menos para abrir oportunidades a la emigración de nuestros valores.

II

Examina el autor el estado de la investigación histórica en México, señalando como mayor impedimento para su desarrollo la poca atención que el sector público tiene para esta clase de trabajos intelectuales. Explica con evidente realismo por qué sucede esto, afirmando que a la resolución de problemas económicos y sociales muy apremiantes se destinan las inversiones de dicho sector público. Que es cierto que hay un ritmo constante y acelerado de crecimiento económico en México; pero que el avance de los centros de investigación no tienen ese mismo progreso.

Advierte, con el mismo tono de realismo, que a pesar de que las inversiones del sector público, en educación son las más altas de su presupuesto en general, su mayor atención está enfocada hacia el problema de la educación mínima, uno de los más apremiantes de este país. Que, a pesar de esa fuerte inversión, no hay la debida atención a los servicios que debían prestar los archivos y las bibliotecas a la cultura nacional.

Si en esto que el autor expone hay realidad, creo que hay tanta o mayor en otros aspectos que intento ahora comentar. Si analizamos la actividad intelectual en México, podemos distinguir que hay pobreza de investigación histórica. Se prefiere la exposición ideológica o la interpretación de los hechos. Y es que la tarea del investigador de la historia en México requiere una vocación heroica de renunciación a cierto porvenir económico, la vocación propia de los religiosos benedictinos que deban hacer votos de permanente austeridad. Si a esto agregamos que a los jóvenes mexicanos no se les encauza por el camino de una verdadera vocación, que tienen premios económicos y se les mal conduce, tenemos entonces un lamentable panorama de frustraciones.

La enseñanza de la historia en México no promueve la investigación histórica. En muchas cátedras universitarias se tiene muy triste idea de lo que es la búsqueda en los archivos, considerándola como un trabajo de curiosidad, una industria de eruditos, una fábrica de fechas y de nombres en las montañas de miles de documentos. Se prefiere fomentar la agilidad ideológica, de la filosofía, revisar teorías novedosas y presentar interpretaciones deslumbrantes con matices de originalidad. La mayoría de las tesis son reflejos de esas deficiencias de investigación documental.

Si el poder público no invierte mucho en archivos es porque en gran parte es mínima la atención de los intelectuales mexicanos a la utilidad de esos repositorios para sus trabajos. Si los archivos mexicanos se confunden con las bodegas comerciales es porque no hay la debida demanda de sus funciones. Si no se elevan los sueldos de los archivistas es porque no hay la correspondiente capacidad de preparación estudiantil de ellos, ni la vocación, ni la disciplina. Si no hay archivistas competentes es por la carencia de una preparación de alto nivel que incumbe a los maestros. Creo que en todo esto hay eslabones de la mala organización de los estudios.

El verdadero investigador de la historia en México tiene que formarse por sí solo y aislarse del ambiente de ideas peregrinas. Si es cierto que hay muy lamentables deficiencias en los servicios de los archivos y que el sector público no les ha prestado toda la atención debida, iguales o tal vez mayores son las deficiencias en la preparación académica de un verdadero investigador. Si muy pocos mexicanos utilizamos los archivos para preparar trabajos históricos, no es extraño que el poder público no los atienda. Tengo un ejemplo que ilustra esta situación. Hace poco más o menos dieciséis años fue nombrado director del Archivo General de la Nación todo un señor profesor de filosofía que enseñaba en la Universidad Nacional Autónoma de México. En el momento que recibí dicho nombramiento surgió entonces para él la cuestión de averiguar dónde se hallaba esa institución, pues ignoraba su existencia. Otro fue el de un estudiante universitario que lo envió su maestro al Archivo General de la Nación para buscar el documento original en que constara la frase que se atribuye a Álvaro Obregón, cuando dicen que dijo que no había general mexicano que aguantara un cañonazo de cincuenta mil pesos. Otro que quiso ver documentos del siglo xvi y reclamó que los quería escritos en español y no en árabe, como los que estaba viendo. Si éste es el triste nivel de la investigación histórica en México, ¿cómo puede exigirse mejor organización de los archivos?

Es muy cierto que hay un pequeño grupo de verdaderos investigadores que luchan en este México de los grandes contrastes, en que no falta confusión de valores y ambiciones desorbitadas. Ilustraré con ejemplos algunos casos. Un investigador que se dolía de haberse quemado las pestañas con fatigosas búsquedas en los archivos, durante diez años, y no tener recursos para comprar un coche último modelo. Otro que pretendía una beca doble para pasar en Europa o en Estados Unidos de América una soñada luna de miel con su prometida. No hay conciencia de que estas actividades de investigaciones históricas no darán nunca para ser un mag-nate con grandes posibilidades económicas.

México carece de especialistas en archivos históricos, es cierto; pero antes de conceder las remuneraciones y los alicientes debemos prepararlos adecuadamente y encauzar sus vocaciones. Cuando ya existan, exigir entonces la base económica de esos valores intelectuales.

Es cierto, también, que las tareas de la catalogación y clasificación del Archivo General de la Nación no progresan mucho. Esto se debe a la carencia de material humano debidamente preparado y disciplinado, más que a razones presupuestales.

Observo que hay alguna confusión en lo que el autor menciona del

Archivo de la Catedral de México, que debe en realidad llamarse del Arzobispado de México. Dentro de ese archivo está el del Cabildo de la Catedral, donde se custodian las actas. También hay cedularios, de los cuales algunos publicó don Alberto María Carreño, pero no todos. Mucha de esta documentación permanece guardada como secreta y el público no tiene acceso a ella. Los archivos de carácter económico están en la sección de Haceduría, dentro del Archivo del Arzobispado, y de éstos son los que no hay anteriores a 1870. Algunos de esos expedientes, no todos, están en el Archivo General de la Nación, en la sección llamada Papeles de Bienes Nacionales.

Se queja el autor del trabajo que comento, respecto a que el Archivo General de la Nación y otros no han estado bajo la dirección de especialistas en la investigación histórica y que los titulares no se dedican totalmente a esa dirección por necesidades económicas de combinar esas labores para lograr algún aumento a sus ingresos. Reconoce que han sido destacados historiadores, profesores distinguidos y bibliófilos notables. Sin propósitos de egolatría, el actual director del Archivo General de la Nación prefiere declinar los honores de contarse entre los así elogiados y afirma que desde las 8 de la mañana hasta las 14.30 horas está en su despacho para atender los servicios de la investigación histórica.

Como recomendaciones encarezco los puntos siguientes:

1. Que se concedan becas a archivistas profesionales mexicanos para conocer las técnicas de los archivos nacionales de los Estados Unidos.
2. Que se concedan becas en escuelas especializadas de Estados Unidos a estudiantes postgraduados, que hayan demostrado toda una vocación para la especialidad de archivos.
3. Promover conferencias de archivistas profesionales de Estados Unidos en centros de investigación histórica en México.